

“El crucificado, ¡ha resucitado!” (Mc. 16:6)
 Sal. 167-11; Is. 25:6-9; 1 Co. 15:1-11; Mc. 16:1-8

Cap. Miranda,
 Hohenau.

Introducción

Las mujeres siempre desempeñaron un papel importante en la historia de la iglesia. Las damas de la congregación saben eso muy bien. Pareciera ser que en momentos críticos, los varones huyen, y las mujeres quedan. Algo parecido sucede el día de Pascua. María Magdalena, María la Madre de Santiago (el apóstol), y Salomé, van al sepulcro muy de mañana, al amanecer. Según la costumbre judía, debía ungirse el cuerpo de los difuntos con especias aromáticas y perfumes. Pero a causa del entierro de Jesús el viernes de tarde, justo antes de empezar el sábado, no pudieron hacer este servicio. Por eso esperaron a que pasara el sábado, el día de reposo establecido por la ley de Moisés, y venido el domingo, fueron pues a ungir el cuerpo de Jesús. La preocupación de ellas, era quién les iba a remover la piedra que sellaba la entrada del sepulcro.

1. ¿Quién nos removerá la piedra?

En nuestra vida hay muchas piedras en el camino, pero todas tienen el mismo color: el color del pecado. El pecado es lo que nos lleva a la muerte, física y eterna. El pecado también fue lo que le llevó a Cristo a morir en nuestro lugar en la cruz. Él murió por nuestros pecados. Por eso fue puesto en el sepulcro. Parecía que ya no había más esperanza de resurrección para Jesús. Al final, él murió como uno de tantos que murieron crucificados. Pero el Señor le había dicho a los apóstoles: “Después de tres días resucitaré”. Parecía que estas palabras se las había llevado el viento. Ni los apóstoles, ni las mujeres que iban caminando al sepulcro, se acordaban de estas palabras. En nuestra vida, las preocupaciones de este mundo nos hacen también olvidar de la promesa de Jesús: “El que cree en mí, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día final”. “¿De qué sirve ganar el mundo entero, si uno pierde su alma”? “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás les será dado por añadidura”. Por el Bautismo y la predicación del evangelio, Cristo mismo se encarga de remover la piedra de la duda, el temor y la incredulidad.

La angustia y el sufrimiento forman parte de la vida del cristiano bautizado. Similar angustia habrán sentido aquellas damas el domingo de Pascua, que se preguntaban: ¿Quién nos removerá la piedra colocada en la entrada del sepulcro? ¿Cómo haremos? ¡Si tan solo alguno de los apóstoles se hubiera atrevido a venir con nosotras! *“4 Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. 5 Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. 6 Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron”*.

¡Qué maravillosa noticia! ¡El crucificado, ha resucitado! Es una noticia de alegría, que llena de gozo la vida, y devuelve el ánimo al cansado. Ellas venían al sepulcro para ungir el cuerpo de un muerto. Pero Cristo, a través del ángel, unge e inunda de alegría el corazón de estas mujeres con el perfume del evangelio. En el servicio cristiano, pasa así también: Uno sirve, y sirve, y se angustia cuando las cosas no salen bien. Hasta que un ángel, un mensajero de Dios, un hermano en la fe, y tu pastor, te consuelan con el divino evangelio: “No temas. Dios está contigo, el crucificado, ¡ha resucitado!” Hasta los más jóvenes, a pesar de su vigor, hoy sienten miedo por el tiempo que estamos viviendo. Frente a tantos males que aquejan a nuestra sociedad, ¡qué bueno es saber que el crucificado, ha resucitado! ¡Cristo vive! ¡Cristo venció a la muerte! ¡Cristo, por su sangre en la cruz, y por su resurrección, venció a satanás! ¡El enemigo está derrotado! ¡Por su muerte en la cruz, Cristo ha vencido a la muerte, y por su gloriosa resurrección, nos asegura también a nosotros la esperanza de la vida eterna! ¡Cristo vive, nosotros también viviremos con Él!

2. El Bautismo y la resurrección a una nueva vida

Frente al pecado y la muerte que nos espera, las promesas de vida de Jesús, sobre el perdón de mis pecados, y de mi propia resurrección de entre los muertos en el día final, cobra un nuevo significado. Por la unión de Cristo conmigo mediante el sacramento del santo Bautismo, el diablo es expulsado, el pecado es perdonado, el Espíritu Santo es derramado, y la adopción como un hijo de Dios es recibida. Por el Bautismo también nosotros experimentamos el paso de la muerte a la vida. Por el Bautismo somos hechos parte de la historia de la Pascua. Como dice Romanos 6:3-4: 3 *“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? 4 Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”*.

En una palabra, el Bautismo tiene poder para resucitar a los muertos. La resurrección física para la vida eterna, es consecuencia de mi propia resurrección espiritual y de la vida nueva y eterna regalada por el Dios trino en el sacramento del Bautismo. Por eso el Bautismo es una vez en la vida. No es necesario volver a derramar agua una segunda o tercera vez, pues san Pablo dice en Efesios 4:5 *“Una fe, un Señor, un bautismo”*. Tampoco es necesario discutir con los espíritus entusiastas que dicen por ahí *“Jesús se bautizó de grande, por eso el bautismo de niños está prohibido en la Biblia”*. A lo cual respondo: El Bautismo es el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu Santo, como Cristo dice en san Juan 3:5: *“Te aseguro que el que no nace de nuevo del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios”*. Bautismo es nacer de nuevo, desde Dios, por obra de Dios, como dice el mismo texto de la institución divina del santo Bautismo: *“Vayan y hagan discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles todo lo que les he mandado”*. Jesús dice *“bauticen”* a todas las naciones. ¿Qué nación, qué etnia, no tiene niños? Es ridículo pensar que los niños no están incluidos en el pacto de gracia de Dios del Bautismo. En el Antiguo Testamento, la señal del Pacto de Dios con Israel era la circuncisión de todo varón al octavo día de nacido, ¡cuánto más en el Nuevo Testamento, la señal del Pacto del Bautismo será dada a los niños apenas nacen! ¿Por qué? Porque Dios ama especialmente a los niños, pues son los más indefensos; por eso Jesús dice en otra parte: *“Dejen que los niños venga a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios es de los que son como ellos”*. Esto significa: *“Dejen que los niños sean bautizados, pues ellos nacen en pecado también, y están tan necesitados de la salvación como los adultos. Solo que los adultos se creen autosuficientes, mientras que el lactante pide a gritos la leche de su madre, y el cariño de su padre. Él bebé se reconoce totalmente dependiente de sus padres, por eso es como los que son del reino de los cielos, esto es, de aquellos que reconocen que sin Mí, están perdidos; pero en Mí Cristo y en mi evangelio, son plenos y abundan más y más en gracia y piedad”*. Por otra parte, ser bautizados *“en el nombre de”*, significa que el Bautismo es una obra divina en nosotros, que Dios es el que bautiza, y que nos injerta a Cristo, la vid, para que como ramas nuevas, llevemos frutos para Dios. Y al que da fruto como un hijo bautizado, Dios lo poda, para que dé más frutos todavía. Esta poda de Dios en nosotros los bautizados, tiene lugar mediante arrepentimiento y fe diarios, es decir, en un ahogar el viejo Adán en nosotros con sus malos deseos, y en resucitar cada día para Cristo, vivir para Dios, y servir a Dios, sea en la alegría, sea en el sufrimiento, soportando con paciencia los dolores del tiempo presente. Es verdad, a nadie le gusta inicialmente la poda de Dios en nosotros, el hecho de que él nos envía cruces y dolores a fin de purificar nuestra fe más que el oro. Pero la esperanza en las promesas de Cristo no nos defrauda. Él te dice querido hermano: *“Al tercer día resucitaré; y tú resucitarás conmigo también”*.

3. La nueva vida en la vocación de padres cristianos

7 Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. 8 Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y

espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo. A pesar de esta Buena Noticia, que el crucificado ha resucitado, las mujeres no se animan a contar a los demás de lo que sucedió. Salen corriendo de la presencia del ángel, vuelven asustadas y con miedo, temblorosas.

La Buena Noticia de la resurrección es para contarla, para anunciarla a los demás, no para guardarla en un cajón. La luz de Cristo, que ilumina la vida del cristiano desde el santo Bautismo, es una luz que no debe apagarse, que no debe dejar de anunciarse. ¿Cómo creerán, si no han oído? “Porque la fe viene por el oír y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 10:17). El testimonio claro y sincero de cada cristiano bautizado es necesario, es fundamental para la expansión y preservación de la fe en la vida cotidiana. Recuerden las palabras de Jesús: “Bautizándoles... y enseñándoles”. Hoy quiero recordarles a los padres y las madres la labor misionera que tienen en sus hogares, en sus casas. La mayor misión que tienen, es bautizar a sus hijos ni bien nacen (no dejando pasar un año o más), y anunciar el evangelio de Cristo a sus propios hijos; a velar por la vida espiritual que Dios les dio a sus hijos por el bautismo y el evangelio.

Velar significa acompañar, significa orar con ellos, significa tiempo dedicado a la lectura de las Escrituras en casa, a la enseñanza del Catecismo, a traer a sus hijos a los cultos, a enseñar con las palabras y el ejemplo los Diez Mandamientos de Dios, el Credo, el Padrenuestro. En Deuteronomio 6 Dios les recuerda a los padres: 5 *“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. 6 Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; 7 y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”.* No se trata si tienes ganas o no tienes ganas de enseñarles. Aquí, en Deuteronomio 6, Dios pone delante de ti una responsabilidad. No te escondas detrás de la excusa de que en la iglesia hay una escuela bíblica, o de que le envías a un colegio cristiano. Dios te a va preguntar a vos, como padre y madre, si les enseñaste a tus hijos la palabra de Dios.

Yo conozco a una mujer que algún día, delante de Dios, podrá decir: “Sí, querido Señor, gracias por enseñarme la palabra de Dios, la cual he intentado transmitir fielmente a mis hijos. Les enseñé el evangelio que recibí, tal como dice san Pablo en 1 Corintios 15:3-4: *“Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; 4 y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”.* Cuando yo ni siquiera sabía de tus planes para con mi hijo, y a pesar de estar lejos de una Iglesia Luterana en la cual congregarme, y a pesar de que se puso sobre mí el deber de enseñarles, pues mi marido no sabía cómo explicar la fe, enseñé la palabra de Dios. Después, mi hijo quiso conocer más de la doctrina cristiana, y le acerqué el Catecismo Menor. Y así fue como un día sintió el llamado de Dios para predicar tu evangelio. ¡Mira, Señor! ¡Cómo son las cosas! Estoy gratamente sorprendida por las cosas que tú haces, a través de esta tu humilde sierva. Estoy feliz por mi hijo, estoy feliz porque Cristo, el crucificado, ¡ha resucitado!” Y esa noble mujer es mi madre.

Gracias Jesucristo, por todos los hombres y mujeres que aún siguen anunciando que tú eres el camino, la verdad, y la vida. El crucificado, ¡ha resucitado! Amén.